

INVESTIGACIÓN CUALITATIVA Y PODER

Marta Eugenia Pardo Angulo

*“La negación de los derechos humanos básicos,
la destrucción del medio ambiente, las mortales
condiciones en que sobreviven (a duras penas)
las personas, la falta de un futuro con sentido
para...miles de niños...no constituye únicamente,
y ni siquiera primordialmente, un “texto”
que descifrar en nuestros volúmenes académicos
sobre diversos temas posmodernos.
Es una realidad que experimentan todos los días
millones de personas en su propia carne.
El trabajo educativo que no está conectado de modo
fundamental con una comprensión profunda
de estas realidades (y esta comprensión no puede vaciarse
de un análisis serio de economía política y de las relaciones
de clase sin perder gran parte de su fuerza)
corre el riesgo de perder su alma”*

(Apple, 1996: p.29)

La práctica académica de investigación científica es una producción social cuya genealogía nos conduce a la génesis misma de la formación social capitalista. Las necesidades estructurales de la acumulación capitalista y el desarrollo industrial requerían, para su propio desenvolvimiento, la constitución de estrategias de control de la naturaleza y la sociedad, facilitadoras de los procesos de extracción y concentración de la plusvalía generada por los trabajadores. El manejo experto de las condiciones materiales de la existencia humana exigía además, la manipulación de las conciencias, como condición necesaria para el dominio hegemónico del capitalismo expansivo. El desarrollo

de la investigación científica y las aplicaciones tecnológicas del conocimiento obtenido, fue el camino para lograrlo.

En esa misma dirección, la necesidad de producir un conocimiento que fuera oficialmente validado, como la verdad absoluta, en oposición a los saberes mágicos y religiosos, condujo a los filósofos de la Ilustración a legitimar el modelo de las ciencias naturales, como el fundamento de toda práctica científica autorizada. El conocimiento científico del mundo natural, social y humano, se inscribió, desde entonces, en la estructura de las relaciones sociales de producción y fue expresión de fuerza de los sectores hegemónicos.

En consecuencia, las ciencias sociales evidenciaron desde sus inicios, obstáculos epistemológico-políticos que cerraron espacios al cuestionamiento del proyecto occidental dominante y a las destrucciones injustas que generaba. A pesar de que la nuestra, como afirma Agnes Heller (1994), es una era necesitada de autoconocimiento, la satisfacción de esa necesidad con los desarrollos de las ciencias sociales y humanas, no ha impedido el avance de las tecnologías de muerte hacia la destrucción de la naturaleza y la humanidad.

El empirismo, el materialismo mecánico, el individualismo extremo y la cosificación de las realidades sociales, constituyeron el molde de hierro que aprisionó la producción de saberes legítimos, según la óptica burguesa de la época. La exigencia de una objetividad fundada en la total separación del objeto y sujeto de la investigación y en una supuesta neutralidad valorativa, completaba los fundamentos lógicos indiscutibles de una aproximación metodológica centrada en la aplicación de escalas de medición a los hechos sociales, que por analogía con el objeto de las ciencias naturales, se consideraban externos a la condición humana y sujetos a leyes universales de causalidad.

La tensión producida por la violencia que encerraba esa transformación de la experiencia humana en números y cantidades, separada de sus bases materiales y sociales, escindida en campos independientes y autónomos entre sí, condujo, en las postrimerías del siglo XIX, a filósofos de la Ciencia y de la Historia a un replanteamiento de los fundamentos epistemológicos de las nascentes ciencias sociales. Reflexión que no obstante aparentar una ruptura con el modelo positivista del conocimiento, no abrió espacios a la constitución de un paradigma alternativo, al quedar encerrado en la circularidad de explicaciones empiristas, ahistóricas y fragmentarias.

Es decir, la cosificación y pretendida exterioridad del mundo de la vida, la reducción de los procesos históricos a modelos mecánicos, las concepciones naturalistas de la acción humana y el individualismo extremo, como rasgos constitutivos de los modelos cuantitativo-ex-

perimentales, resultaron poderosos marcadores de las epistemologías cualitativas.

Las prácticas etnográficas de la Antropología (en sus versiones estadounidenses, inglesas y francesas) y los desarrollos de la Sociología de la acción de principio y mediados de este siglo, no evidenciaron una ruptura radical con los paradigmas oficiales. Las academias universitarias se subordinaron a los intereses de la producción capitalista, generaron poderosas estructuras de autoridad, recompensa y control, que marcaron límites rígidos al desarrollo de las disciplinas (Pardo Angulo, 1998). La investigación cualitativa se convirtió, junto con las epistemologías positivistas de la cuantificación, en brazo poderoso del colonialismo occidental, conocido actualmente como “globalización”.

Por esto, las y los investigadores sociales, en estos tiempos de la posmodernidad, que orientan sus trabajos de investigación y siguen el modelo del paradigma cualitativo oficial, heredado de los fundadores de estas disciplinas, en cualquiera de sus versiones fenomenológicas (interaccionismo simbólico, etnometodología, sociología comprensiva, antropología interpretativa) o hermenéuticas (postestructuralistas, dialógicas, críticas literarias posmodernas), no pueden avanzar hacia una crítica radical de las violentas agresiones e injusticias que se cometen todos los días contra las personas y la naturaleza en este planeta, ahora llamado “aldea global”.

La cosificación de las realidades sociales se expresa en la dimensión discursiva de la ciencia oficial como negación de la historicidad de los mundos simbólicos y de la dialéctica de sus determinaciones estructurales. Esas negaciones epistemológicas tienen la intencionalidad política de invisibilizar las relaciones de fuerza que, desde las estructuras de poder del Occidente genocida y etnocidiario, pretenden someter a todos los pueblos de la tierra a la lógica del mercado.

Las nuevas formas de acumulación capitalista, impulsadas por los espectaculares desarrollos en las tecnologías electrónicas de la comunicación, profundizan las prácticas de exclusión y destrucción de la fuerza laboral. Los

manejos internacionales de las finanzas intensifican la competencia entre las empresas transnacionales, que luchan despiadadamente por ampliar sus ganancias y apropiarse de las plusvalías mundiales, aun a costa de aumentar el sufrimiento humano de los sectores históricamente desplazados. En el mundo de los negocios la lógica del “todo vale” rompe los equilibrios políticos de los bloques hegemónicos y destruye las potestades soberanas de los estados nacionales para dirigir sus propios destinos.

Estos procesos macroestructurales se viven en la cotidianidad de los pueblos en condiciones de extrema desigualdad: mientras las familias de los sectores mayoritarios de trabajadores, se ven obligadas a “amarrarse la faja para que la plata alcance” y a generar acciones estratégicas para acomodarse a una vida de múltiples carencias, entre los grupos poderosos, las familias viven en la opulencia, y disfrutan de las ganancias obtenidas con sus “jugosos” negocios, que les permiten sufragar estilos de vida peligrosamente destructivos, que ponen en riesgo su propia sobrevivencia.

En esas condiciones de desequilibrios extremos, el mundo exterior invade, con el poder de la televisión por cable, los espacios de la intimidad, con imágenes descontextualizadas de múltiples acontecimientos, la mayoría de las veces cargados de crueldad y perversión, que se suceden atropelladamente en cualquier lugar del planeta, y que producen peligrosas sensaciones de desarraigo y pérdida de control sobre la propia vida (Massey, 1993). Las personas, seducidas por la temporalidad acelerada del ciberespacio, quedan atrapadas en la circularidad de un aislamiento total, como mónadas flotando en un mundo cuyos sentidos ya no les pertenecen. La comunicación intersubjetiva entre los interlocutores del diálogo cotidiano cede su espacio a los monólogos solitarios que se establecen con las pantallas de los televisores y las computadoras. Como dice Jameson (1996: 334), en esta totalidad social de subjetividades herméticas “...empezamos a tener la sensación de que cada conciencia es un mundo cerrado.”

Las lógicas posmodernas asumen ese descentramiento patológico en sus teorizaciones epistemológicas, privilegiando un manejo

empiricista y desarticulado de la vida cotidiana. Desde esa óptica, la lectura e interpretación de las realidades (materiales o discursivas) tiene como antecedente necesario la desaparición de la agencia humana, o lo que es lo mismo, el descentramiento epistemológico del sujeto (Camacho y Pardo, 1994: 22-23; Pardo Angulo, 1995: 8).

La pretensión relativista del descentramiento del sujeto, antes que a la valoración de las “otras” culturas, conduce a una fragmentación esquizofrénica de las realidades humanas (Jameson, 1996: 335). En consecuencia, la lógica que nos lleva a “reconocer que como grupo cultural somos una cultura posible entre tantas otras, y no la única ni la mejor.” (Camacho y Pardo, 1993: 12) también nos induce al error de “confundir violencia estructural con diferencia cultural. Son muchas las etnografías en las que la pobreza y la desigualdad, resultados finales de prolongados procesos de empobrecimiento, se identifican con la *otredad*.”¹ (Farmer, 1997: 227). O, como dice Susana Devalle (1989: 15) “La desigualdad social acabó parafraseándose como diferencia cultural”.

El reconocimiento de la capacidad común de todos los seres humanos de “diferenciarse como conjuntos étnicos unos de otros” (Camacho y Pardo, 1993: 13) debe articularse, necesariamente, con la denuncia de las condiciones de opresión que limitan el pleno desenvolvimiento de esas capacidades (condiciones que, como es de sobra conocido, confinan las luchas de los pueblos por el derecho a su autodeterminación y autonomía a los espacios del terrorismo y la rebelión). Asimismo, hay que tener presente que únicamente ese reconocimiento de los condicionamientos políticos de toda práctica científica puede conducir a la superación de los falsos relativismos y neutralidades, que arrastran las ciencias sociales en su bagaje teórico.

Las y los científicos sociales no pueden obviar, en sus interpretaciones, la capacidad humana de ser productor y producto de su propia historia y por ende, sujeto antes que objeto, en la explicación y comprensión de sus realidades materiales y simbólicas. Es fundamental entender que la conciencia reflexiva de los seres

humanos es la cualidad que les permite construir mundos imaginarios, representarlos en sus prácticas discursivas y convertirlos en condiciones objetivas de su propia supervivencia.

Pero a la vez, no debe olvidarse que las desigualdades y exclusiones que generan los sectores hegemónicos con sus prácticas de dominación, ponen en condiciones muy precarias de sobrevivencia a sectores mayoritarios que ven limitadas sus posibilidades de expresar con sus propias voces el sentido de sus luchas y resistencias cotidianas. De manera que los arraigos locales, las solidaridades comunales, los compromisos y reivindicaciones sociales pierden espacios ante la incontenible fuerza del mercado, que desdibuja las desigualdades sociales y naturaliza los pluralismos culturales en el imaginario de los pueblos.

No extraña entonces el apoyo que se da, mediante las prácticas empresariales-universitarias de otorgar amplio financiamiento y asignar toda clase de recursos institucionales, prioritariamente a aquellas investigaciones, cuantitativas o cualitativas, que transforman la realidad en textos y proveen ricos materiales para alimentar la discusión de las élites académicas, sin entrar en profundas críticas al sistema dominante. La organización de conferencias y congresos internacionales suma puntos al prestigio de las instituciones universitarias, que están muy necesitadas de subir su imagen frente a los empresarios transnacionales del conocimiento. Cabe aquí recordar la advertencia del escritor Jean Genet "...desde el momento mismo en que publicas ensayos en una sociedad has entrado a formar parte de la vida política; por eso, si no quieres ser político, no escribas ensayos o pronuncies conferencias." (citado en Said, 1996: 115).

Por ejemplo, con la autoridad incuestionable de los y las profesionales en ciencias sociales, se validan los esquemas conceptuales que representan, en esos textos académicos, a los grupos humanos como agregados de consumidores individuales idénticos a sí mismos, copias al carbón unos de otros, cuyo valor deberá ser definido en función de la eficiencia y rentabilidad de sus aportes al desarrollo de la empresa privada que, según dice la propaganda,

produce libertad (García Canclini, 1995). Transforman así la pluralidad cultural en un asunto de diversificación de las mercancías (bienes y servicios) que se ofrecen en el mercado para la satisfacción de los gustos individuales. Gustos que se manipulan desde las cúpulas como marcadores de distinción social (Bourdieu, 1997).

No obstante, esta pretendida homogenización de las personas como consumidores en los mercados mundiales, no puede ocultar ni siquiera en las publicaciones científicas, los desequilibrios extremos que la capacidad real de consumir impone a los sectores sociales subalternos, en todas las dimensiones de su vida cotidiana. Mientras la adquisición de una vivienda propia para las familias trabajadoras supone la disminución de recursos para la satisfacción de otras necesidades básicas y la imposición de enormes sacrificios a todo el núcleo doméstico; los sectores ricos y poderosos disponen de los recursos monetarios necesarios no sólo para la adquisición de varias viviendas sino también para la satisfacción del consumo opulento y derrochador que sus estilos de vida les demandan.

Por esta razón los y las investigadoras, desde la perspectiva de una hermenéutica crítica, no pueden apartarse, en ninguna de las etapas de la investigación, de una posición reflexiva como sustento de una práctica interpretativa que debe evidenciar además de las estructuraciones de sentido de los grupos participantes en los estudios, las distorsiones ideológicas de su posicionamiento de clase y por ende de su propia práctica investigativa (Thibault, 1991: 6-7). Estas son las únicas condiciones de posibilidad para el surgimiento de una relación dialógica, como fundamento de la mutua comprensión y respeto entre investigadora/investigados.

Por ejemplo, en una investigación desarrollada por investigadoras del Instituto de Investigación para el Mejoramiento de la Educación², a pesar de todos los manejos discursivos para ocultarlo, se hacen evidentes los postulados básicos del discurso mercantil cuando manifiestan que se proponen generar teoría "sobre los elementos que intervienen en la eficiencia del proceso de enseñanza-aprendizaje" (García Lizano y otras, 1998: 24). Con un

excelente manejo técnico del método etnográfico de observación y entrevista, las investigadoras representan en sus textos los descubrimientos hallados en un intensivo y prolongado trabajo de campo en el ambiente natural del aula, como pruebas que explican los deterioros de la educación pública costarricense.

En la narración están presentes los “datos cualitativos” que aportó la investigación con base en los cuales se elaboraron recomendaciones prácticas, para promover cambios en el aula bajo el supuesto de que éstos, a su vez, generarán modificaciones sustanciales en el proceso educativo de las escuelas “urbano-marginales”. Sin embargo, ni las rutinas diarias de las familias y la comunidad, ni sus memorias de lucha y resistencia, ni las marcas de la pobreza en sus cuerpos, ni la subjetividad de su dolor cotidiano, ni las identidades construidas al margen de los símbolos nacionales se incorporan al relato, y quedan escondidas entre los silencios del texto. Las voces de las investigadoras dominan y controlan el diálogo, sin dar espacio a una reflexión crítica que trascienda las paredes del aula.

En ese sentido, es relevante la pregunta del desaparecido educador brasileño: “¿Por qué no discutir con los alumnos la realidad concreta a la que hay que asociar la materia cuyo contenido se enseña, la realidad agresiva en que la violencia es la constante y la convivencia de las personas es mucho mayor con la muerte que con la vida?” (Freire, 1997: 32).

Las condiciones de articulación de los sujetos colectivos en las estructuras de producción y distribución de las riquezas sociales, no pueden tratarse como marcos contextuales añadidos aleatoriamente a las prácticas simbólicas de los grupos que se estudian, ni como listas de datos estadísticos incluidos en apéndices al final del libro; menos aún, congelarse en el tiempo mientras las o los investigadores interpretan desde su óptica académica la “ineficiencia” de las diferencias culturales que exhiben los consumidores (en este caso docentes y estudiantes de las aulas observadas) de los servicios públicos de educación y salud.

Además, las posibilidades de comprender y explicar las acciones humanas en todas sus dimensiones quedarán anuladas si el modelo

teórico y metodológico fractura la totalidad en campos separados y mutuamente excluyentes. Las novelas académicas que pretenden convencernos de una absoluta independencia entre las condiciones socioeconómicas y las producciones culturales de los pueblos, o que defienden un abordaje apolítico de la dimensión cultural, han logrado invadir totalmente los espacios públicos de las comunicaciones sociales. Los mismos sectores que impulsan un ajuste incondicional de las finanzas nacionales a las directrices de los organismos transnacionales, que proponen programas neoliberales de privatización y apertura de la economía, que destruyen las fuentes de trabajo de las familias campesinas, que ponen en grave riesgo la soberanía alimentaria del país, los mismos que nos exigen copiar fielmente los estilos empresariales de la globalización, se rasgan las vestiduras ante la violencia e inseguridad que se vive en las calles, en los estadios, en los hogares, interpretadas como invasión de costumbres ajenas a la idiosincrasia costarricense y expresión de “pérdida de valores y tradiciones culturales”.

¡Cómo si fuera posible conservar las prácticas culturales inalteradas frente a la apertura comercial, la desregulación de la economía, la venta de las empresas públicas a consorcios transnacionales; los desarrollos de las telecomunicaciones y todas las otras medidas que desde las esferas del poder se toman para asegurar el ingreso del Tercer Mundo al siglo XXI, de la mano con el desarrollo! ¡Cómo si la dimensión simbólica tuviera vida propia independiente de las estructuraciones de poder y de la riqueza!

Las estructuras de sentido de la realidad, que se expresan en las prácticas discursivas, son interpretaciones de la materialidad de la vida cotidiana; se inscriben en la memoria de los pueblos, condicionan las dinámicas sociales y son a su vez, constituidas en esas dinámicas. Interpretarlas como estructuras cerradas en sí mismas es una práctica metodológica que concluye en una reificación de las identidades, alteridades y pluralismos, muy conveniente al poder hegemónico que encuentra en esas explicaciones la sustancia que da

contenido a las manipulaciones discursivas de las realidades concretas.

Las prácticas culturales son producto de las acciones de sujetos individuales y colectivos que responden con su imaginación, emociones, afectos y pensamientos, ante los retos de un mundo en el cual los pueblos y las comunidades han perdido el control sobre los procesos que afectan su diario vivir. No son objetos disponibles de la ciencia para su clasificación en esquemas preestablecidos con categorías abstractas inventadas por los científicos. Por lo tanto, el estudio de las identidades y diferencias culturales exige un rompimiento total con las epistemologías dominantes, para no caer en las explicaciones simplistas que las reducen a una contabilidad de rasgos y costumbres.

La manipulación conceptual de la diferencia cultural, desde el paradigma cualitativo oficial, ha neutralizado también toda posibilidad de explicación más allá de un esencialismo filosófico: las prácticas culturales de los sectores hegemónicos han sido transformadas en “valores universales”, capital cultural de la humanidad en el decir de algunos, cuya apropiación desigual en las prácticas cotidianas, pondría en evidencia, desde la óptica dominante, una minusvalía natural de algunos sectores para disfrutar los beneficios del progreso global.

“Es importante tener siempre claro - nos recuerda Paulo Freire (1996: 80)- que inculcar en los dominados la responsabilidad de su situación forma parte del poder ideológico dominante. De allí la culpa que ellos sienten, en determinado momento de sus relaciones con su contexto y con las clases dominantes, por encontrarse en esta o aquella situación de desventaja”.

Por esto no sorprenden los intentos de revitalizar “la cultura de la pobreza” como categoría conceptual para explicar las realidades cotidianas de los grupos con mayores carencias materiales, y enfatizar en la responsabilidad que compete a los sectores pobres por la reproducción de sus deterioradas prácticas culturales. De esta forma, las responsabilidades sociales que deben asumir los sectores hegemónicos frente a los procesos de exclusión y aniquilamiento que generan sus prácticas de

dominación, desaparecen ante la fuerza probatoria del discurso científico.

Este concepto estuvo muy en boga en la Antropología de los años 70, precisamente porque permitía omitir o suavizar la referencia a las desigualdades distributivas de las riquezas, a la lógica de la acumulación capitalista, y al consumo opulento y derrochador de los poderosos, como fuerzas generadoras de las condiciones de extrema pobreza de los “sectores marginados”. Los análisis se centraban en una descripción simplista de las costumbres, creencias, valores, y normas que caracterizaban, desde la lógica de los investigadores, las rutinas cotidianas de esos grupos. La mecánica de las conclusiones siempre apuntaba en el mismo sentido: la cultura de la pobreza genera sus propias carencias, por lo cual los cambios conducentes a mejorar sus condiciones económicas no logran romper el círculo vicioso de la miseria. En síntesis, los pobres resultaban cómplices de su propia pobreza.

En la propuesta para la capacitación docente en los centros educativos que atienden a los hijos e hijas de los sectores subalternos más empobrecidos de la sociedad, las investigadoras del IIMEC sugieren incorporar la actitud hacia la cultura de la pobreza en el desarrollo eficiente de los contenidos curriculares (García Lizano y otras, 1998: 23). Sin embargo, como lo mencionamos anteriormente, en el proyecto de investigación esa categoría conceptual no fue objeto de un proceso de reflexión que facilitara la apropiación crítica de las estructuras de la pobreza en las dinámicas de observación y entrevista etnográfica, ni en las dinámicas pedagógicas del aula. Apropiación que tampoco se incorporó en las conclusiones, a pesar de haber sido elaboradas, según indican las autoras, conjuntamente con las docentes, estudiantes y familiares participantes en el proceso de generación del “dato cualitativo”, al mejor estilo del interaccionismo simbólico estadounidense.

Como apuntan Tedlock y Mannheim en su artículo “The Dialogic Emergence of Culture” (1995: 12): “...cualquier hablante en cualquier momento es un actor en un mundo social y cultural siempre en proceso.”. Incorporar esta realidad en la interpretación de las prácticas culturales no es un asunto de añadir,

en la publicación de los resultados, algunas referencias entre paréntesis al contexto en que se localizan las escuelas. Sin una discusión abierta del trasfondo político de las estructuras de la pobreza que marcan la cotidianidad de estos niños y niñas, la capacitación de los y las docentes podría convertirse en un mero entrenamiento para el acomodo individual, con muy pocas garantías de incidir significativamente en el mejoramiento de los procesos educativos, y menos aún, en la transformación de las condiciones sociales y económicas en las que se reproducen esos espacios de marginalidad.

La instrumentalización de técnicas pedagógicas para un manejo “eficiente” del tiempo y del espacio en el aula, que localizan las causas del deterioro creciente del proceso educativo de las escuelas de los sectores subalternos, en las deficiencias individuales de las docentes, proporciona a los ideólogos del poder, material sustantivo para ignorar las vinculaciones estructurales de esas carencias con las prácticas de acumulación y exclusión de quienes tienen el poder para dirigir los destinos de la sociedad.

Parfraseando a Martin Shaw (1975: 43) quien decía con referencia a los resultados de las encuestas de actitud y de personalidad que se realizaban en la industria estadounidense: “Los geranios colocados en la ventana de la fábrica y un pavo obsequiado para la Navidad, no se llevan bien con un salario abajo de lo normal.”, me atrevo a afirmar que: ni la ubicación y distribución de los pupitres en el aula, ni la movilización cronometrada de la docente en el espacio; ni el embellecimiento ornamental de las paredes y los rincones, se llevan bien con la pobreza.

En ese mismo sentido apuntaba la crítica de un médico pediatra quien me preguntaba, en relación con mis publicaciones acerca del sistema de medicina popular en San Jerónimo de Moravia (Pardo Angulo, 1981), si los padecimientos de salud que afectaban en ese entonces a la comunidad estudiada realmente podrían resolverse conociendo los esquemas conceptuales de esa gente en relación con sus procesos de salud-enfermedad, o si requerían más bien, un compromiso político de los gobernantes, para resolverles los problemas de suministro de agua potable, de disposición de las aguas llovidas y la

materia fecal, del manejo de la basura, de tugurios, de malos caminos, todos agravados por la desocupación y la galopante conurbanización que amenazaba con despojarlos de sus pequeñas parcelas³.

Estas investigaciones, a pesar de su carácter etnográfico/cualitativo, no se diferencian en el fondo de los trabajos patrocinados por el Banco Mundial, para construir escalas métricas con indicadores económicos del sufrimiento humano, en las que los valores de eficiencia y rentabilidad tienen prioridad sobre la atención humanitaria de las personas y sus familias (Kleinman y Kleinman, 1997).

En todos esos textos, autoras y autores, utilizamos las acciones individuales como unidades de análisis de las realidades cotidianas, sin articularlas con las totalidades sociales que las condicionan, accediendo por consiguiente, a conclusiones muy incompletas y distorsionadas⁴.

Además del descentramiento del sujeto, de la interpretación mecánica de las estructuras simbólicas, del congelamiento de la historia y la partición de las realidades humanas en parcelas independientes, el paradigma cualitativo oficial asume también la reificación de las prácticas socioculturales en un esquema metodológico que se define como naturalista-ecológico.

El naturalismo encuentra su razón de ser en la necesidad de asegurarse una intervención aséptica, libre de contaminaciones odiosas que pudieran introducir elementos subjetivistas en la interpretación hermenéutica. Se ocultan en esta pretensión de pureza absoluta los principios de exterioridad, objetividad y neutralidad valorativa del positivismo, que sustenta el paradigma cuantitativo de la ciencia oficial.

Es la actitud de quien se somete al ritual de la esterilización como condición previa a una intervención quirúrgica sobre el cuerpo de un paciente. Es la lógica contenida en la elaboración de escalas de medición de las realidades humanas, que reduce los procesos sociales a los manejos individualizados y sincrónicos de los datos estadísticos. Pero también, es la lógica que nos conduce a discutir sobre textos e imágenes “cuando creemos que estamos hablando de realidades” (Augé, 1995).

Esta visión naturalista de las interacciones humanas no sólo elimina la dimensión sociohistórica, sino que, además, refuerza el mito de una investigadora o investigador, como sujetos individuales descentrados e invisibilizados, con el poder mágico para congelar el tiempo y minimizar toda influencia exterior en las dinámicas cotidianas del grupo humano en estudio.

La metáfora poco apropiada del ambiente natural, tomada de las ciencias naturales, termina homologando las comunidades humanas con las bandas de gorilas o chimpancés que, según las nuevas tendencias de la biología, son observados en su hábitat natural para elaborar un conocimiento más apegado a sus “verdaderos” comportamientos.

No hay ingenuidad ni inocencia en la concepción naturalista del paradigma cualitativo oficial. Por el contrario, es una acción estratégica del poder hegemónico, para darle validez científica a la idea, ampliamente difundida, de que hay una verdad natural en las “cosas” culturales, y que esa verdad es patrimonio de los sectores que tienen el poder para dirigir el destino de las mayorías en el planeta.

¿Qué hay de natural en los procesos de exclusión y empobrecimiento que sufren las comunidades “marginales”, donde se localizan las escuelas con las mayores carencias de recursos materiales, didácticos y humanos? ¿Qué tienen de natural los crecimientos industriales acelerados y desordenados que provocan deforestación, destrucción y contaminación de los recursos naturales? ¿Qué tiene de natural el desempleo o la desocupación disfrazada que disminuye, a niveles mínimos de sobrevivencia, las capacidades adquisitivas de las familias? ¿Qué tienen de natural la desintegración familiar, el movimiento comunal solidario o el maltrato a la niñez? (García Lizano y otras 1998: 192).

¿Por qué es natural que los hijos e hijas de las familias con los más altos ingresos cursen sus estudios en escuelas que disponen de todos los recursos materiales, didácticos y humanos necesarios para tener acceso a una educación de mejor calidad, en tanto los hijos e hijas de las familias de más escasos recursos acuden a centros educativos carentes de las condiciones materiales mínimas para desarrollar experiencias

creativas que faciliten la construcción del conocimiento?

En estas condiciones, el postulado naturalista del paradigma cualitativo oficial, antes que garantizar la objetividad científica de las investigaciones, se constituye en supuesto ideológico de las construcciones hegemónicas de sentido, para validar las explicaciones que pretenden convencernos que las estructuras de clase y de poder son cosa del pasado.

La perspectiva ecológica articulada en el paradigma cualitativo oficial, refiere a modelos explicativos de las acciones humanas, que ponen énfasis en los determinismos ambientales y en los análisis sistémicos de las realidades, con la consecuente naturalización de los mundos cotidianos. De esta forma, el ecologismo contenido en esta orientación metodológica refuerza el enfoque mecanicista de la ciencia oficial, con su incapacidad de explicar y comprender las contradicciones, ambivalencias y ambigüedades del mundo de la vida.

Otra conclusión lógica de la perspectiva naturalista es el individualismo metodológico. La explicación e interpretación de las realidades sociales a partir de una suma de las acciones individuales, como en el caso de las encuestas de opinión, ha constituido el eje metodológico que mayores confusiones ha generado en las investigaciones sociales.

Las identidades singulares se construyen necesariamente en una relación intersubjetiva, pues de otra forma el sujeto individual no podría tener conciencia de sí mismo, al no tener conciencia de la alteridad. La subjetividad humana es un proceso social de encuentro permanente con otras subjetividades. La singularidad del sujeto individual, como proceso social, es asimismo una construcción histórica y como tal expresa en sus particularidades las condiciones de la formación social. El sujeto, individual o colectivo, no contiene una esencia predeterminada y definida más allá de las contingencias de la historia; constituye por el contrario un ser social en un continuo proceso de transformación (Augé, 1995, 1996; Giroux, 1997a).

Sin embargo, en la racionalidad del mundo occidental el individuo se concibe como

una entidad con la coherencia, estabilidad y conciencia necesarias para trascender y dar significado, (Sullivan, 1990: 241) al mundo de la vida. Las personas individuales serían, según esa lógica, las fuerzas primarias de la historia, por lo cual los análisis, explicaciones e interpretaciones de los procesos sociales pueden reducirse a la suma de sus acciones.

A este respecto es relevante la crítica de Henry Giroux (1997a: 248): “El concepto modernista del yo como voluntad disciplinada, como centro indefectible de identidad personal y de acción social autónoma e independiente, se viene abajo ante la constatación de que los mecanismos de formación de la identidad nunca operan en un terreno desprovisto de los efectos materiales y también ideológicos del poder”.

En la práctica de las llamadas microetnografías, al mejor estilo de esas lógicas positivistas, las expresiones individuales de sentido se transforman en “datos cualitativos o etnográficos”, para trabajarlos al igual que los datos estadísticos, como elementos que agotan en sí mismos cualquier posibilidad de explicación. Esta utilización de los testimonios individuales como mera materia prima, conduce a particularismos extremos carentes de toda reflexión crítica, que se transforman, en el texto, en un juego retórico para demostrar la veracidad de los resultados anticipados por los y las investigadoras.

No hay diferencia conceptual entre una investigación “cuantitativa” que lleve a clasificar, como conclusión lógica del manejo estadístico de las realidades individuales, la población costarricense en “pobres, no pobres y pobreza total” (Sojo, 1997: 319) y una investigación “cualitativa” que lleve a proponer como resultado de un largo trabajo de campo en aulas escolares individualizadas, que la “eficiencia” de los aprendizajes en las escuelas “urbano-marginales” es función de la ubicación de los pupitres, de los movimientos físicos de las docentes y el planeamiento cronometrado del desarrollo curricular. Ambas investigaciones evidencian los obstáculos conceptuales de la epistemología hegemónica, cuantitativa o cualitativa, cuyas interpretaciones o explicaciones

causales quedan atrapadas en los dominios del individualismo extremo.

Asumir, que la distribución espacial de las mesas de trabajo en el aula y el control cronometrado de los movimientos de la docente influyen en la calidad del proceso educativo formal, sin una reflexión acerca de la historicidad de esas prácticas, de su articulación con otras formas de vigilancia y subordinación de los cuerpos en las escuelas, de la construcción de las subjetividades en las estructuras jerárquicas y autoritarias del sistema educativo, conduce a las mismas conclusiones mecánicas acerca de las dinámicas de enseñanza-aprendizaje que sustenta el discurso oficial (Giroux, 1997b: 45).

Una se pregunta, ante esas conclusiones ¿por qué, si en la mayoría de las instituciones de educación privada del país la incorporación de esas estrategias pedagógicas data de al menos una década, no se evidencian mejorías dramáticas en el desarrollo de las capacidades lógicas de razonamiento, la creatividad e imaginación en la resolución de problemas cotidianos o el manejo de las destrezas lingüísticas de los jóvenes que cursaron estudios en esas instituciones? ¿Por qué, si en las escuelas estadounidenses que atienden jóvenes provenientes de los sectores de ingresos medios y altos se practican, desde finales de los años 60, similares técnicas en el manejo del tiempo y el espacio, esas instituciones evidencian actualmente no sólo un galopante deterioro en la calidad académica, sino también niveles crecientes de violencia criminal entre esas poblaciones estudiantiles?.

No podemos negar entonces que las cuestiones epistemológicas están definitivamente vinculadas a temas de historia política (Eagleton, 1997: 34). Por esto, la ruptura con los obstáculos epistemológicos de la ciencia oficial no puede obviar una incursión en el espacio de las relaciones de poder entre los grupos y clases sociales. Como señala Ellen, R.F. (1984: 9) “...la investigación etnográfica siempre es parte de una empresa política y social más amplia, la calidad y el carácter de la etnografía depende de las circunstancias de su producción.”.

La decisión de desarrollar un proyecto de investigación etnográfica debe surgir de un compromiso activo con todas aquellas personas,

familias y grupos sociales que de múltiples y variadas formas resisten el poder hegemónico. La práctica de la etnografía crítica, como modalidad de investigación cualitativa no oficial significa no sólo una ruptura radical con la epistemología del poder, sino también una ruptura con los procesos de reconversión mercantil que pretenden transformar la investigación científica de las academias universitarias, en un lucrativo negocio de compra y venta de conocimientos.

El conocimiento que se construya en el proceso de una investigación etnográfica alternativa no es patrimonio de la academia universitaria, ni valor de cambio para costear los ascensos en régimen académico. Como producción colectiva que resulta de la interacción de todas las personas participantes en el proyecto, este conocimiento no es un bien de propiedad individual, es una posesión social. Por lo mismo, su socialización no puede programarse siguiendo la lógica mercantil que orienta las prácticas académicas de la educación privada, en talleres o cursillos cortos cuyo costo, la mayoría de las veces, es demasiado elevado para los precarios presupuestos de las personas a quienes se pretende beneficiar. “El saber, no puede ya ponerse como un capital privado, acumulado privadamente, que sirve de soporte a la estructura del poder. Al fin y al cabo es sólo una frágil construcción”. (Ferrarotti, 1991: 111)

La construcción de una metodología alternativa para aproximarnos al estudio de las realidades humanas, tendría que iniciarse entonces, replanteando la falsa oposición que hemos mantenido entre un paradigma cuantitativo positivista y un paradigma cualitativo en las prácticas discursivas de la ciencia oficial. Como hemos visto, el carácter hegemónico de ambos paradigmas los convierte en homólogos, con algunas diferencias superficiales que no afectan la identidad estructural de sus postulados epistemológicos ni sus conclusiones prácticas.

La etnografía crítica debe ser una práctica científica liberadora, capaz de propiciar explicaciones e interpretaciones de la realidad que contribuyan a la emancipación de los pueblos y

a la recuperación de sus memorias de lucha y resistencia. Desde esta óptica, queda claro que el estudio de las prácticas socioculturales, en su pluralidad e identidad, tiene la intencionalidad política de generar profundas y radicales transformaciones en las estructuras de opresión y desigualdad. Objetivo que solamente se podrá alcanzar con el desarrollo de una investigación creativa, inteligente y comprometida (Wing Ching, 1997), independientemente de sus orientaciones hermenéutico-interpretativas o analítico-explicativas.

En consecuencia, la apropiación conceptual de esas realidades deberá tener como condición previa, la invalidación de todos aquellos postulados teóricos que puedan distorsionar el juicio de las investigadoras en las dinámicas participativas de recolección, sistematización e interpretación de las informaciones compartidas. Esta reflexión crítica no es sinónimo del descentramiento epistemológico del sujeto a que nos referimos al inicio de la exposición.

Esta reflexión permite a su vez, validar aquellas teorías que ayuden a la comprensión e interpretación de las prácticas socioculturales, so pena de quedar atrapadas en una sucesión de interpretaciones textuales de la realidad, sin posibilidad de explicación, que no tendría diferencia alguna con las mediocridades que se producen desde las posturas positivistas. Esta reflexión teórica, aunada al reconocimiento explícito de mi posicionamiento social, es el camino para la superación de los prejuicios.

En ese proceso no se puede perder de vista que la meta no es representar con nuestras voces autorizadas por el poder de la academia universitaria, los universos simbólicos de quienes colaboran en los proyectos de investigación. Se trata más bien de caminar y hablar con los grupos participantes para construir una relación dialógica que facilite la construcción de interpretaciones conjuntas de sus realidades materiales y simbólicas.

Una relación dialógica desde esta perspectiva no significa darle voz a quienes supuestamente no la tienen, si no reconocer el derecho de los pueblos y las personas a la palabra. Los silencios históricos de las mujeres,

de los pueblos indígenas, de las comunidades negras, de los trabajadores de la industria, de la tierra y los servicios, no obedeció a la carencia de voces, sino a la sordera crónica de quienes se han arrogado el poder de darle volumen a las palabras.

Como vemos, la etnografía crítica no pretende apropiarse de un conocimiento que facilite la vigilancia, el control y el castigo de los grupos humanos estudiados sino que, por el contrario, como práctica social liberadora, busca acceder a la comprensión de las prácticas culturales construidas en los espacios desiguales del mundo occidental u occidentalizado, con el objetivo de transformarlas o potenciarlas según el caso.

Esa transformación o potenciación de las prácticas socioculturales no puede ser una nueva forma de imperialismo o colonización de los espacios de la cotidianidad. Coincidiendo con la sugerencia de Feyerabend (1992: 17) pretendemos desarrollar "...una nueva clase de conocimiento que sea humano no porque incorpore una idea abstracta de humanidad, sino porque todo el mundo pueda participar en su construcción y cambio..."

Para no correr el riesgo de perder el alma, como nos previene Apple, conectemos nuestro trabajo con la comprensión de las realidades cotidianas de los grupos oprimidos y comprometamos nuestra práctica en resolver los problemas que afectan su bienestar, para construir por los caminos del respeto a los derechos humanos y la paz las posibilidades de sobrevivencia de la humanidad entera.

Notas

1. Traducción libre de la autora.
2. El IIMEC es un instituto de investigación de la Universidad de Costa Rica que en los últimos años ha estimulado el desarrollo de etnografías en la investigación educativa.
3. Esos cuestionamientos me condujeron a una auto-crítica que me llevó a un replanteamiento de teórico-metodológico de mis siguientes investigaciones.
4. Esta crítica incluye los trabajos de la autora.

Bibliografía consultada

- Apple, Michael, (1996). *Política Cultural y Educación*. Traducción de Pablo Manzano. Madrid, España: Ediciones Morata, S.L.
- Augé, Marc, (1995), *Hacia una Antropología de los Mundos Contemporáneos*. Traducción de Alberto Luis Bixio. Barcelona, España: Editorial Gedisa, S.A.
- Augé, Marc, (1996). *El sentido de los otros. Actualidad de la Antropología*. Traducción de Charo Lacalle y José Luis Fecé. Barcelona, España: Ediciones Paidós Ibérica.
- Bernal, John, (1979). *Historia Social de la Ciencia. 1/La ciencia en la historia*. (5ª edición). Traducción de Juan Ramón Capella. Barcelona: Ediciones Península.
- Bourdieu, Pierre, (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Traducción de Thomas Kauf. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- Camacho, José Antonio y Marta Eugenia Pardo, (1994). "Etnografía, Epistemología y Calidad". *Reflexiones*. San José, C.R.: Editorial de la Universidad de Costa Rica. 27(octubre 1994) Págs. 19-32.
- Devalle, Susana B.C. (1989). "Etnicidad, Discursos, Metáforas, Realidades". *La Diversidad Prohibida. Resistencia étnica y poder de estado*. Compilado por Susana Devalle. México: El Colegio de México. Págs. 11-40.
- Eagleton, Terry, (1997). *Las Ilusiones del Posmodernismo*. Traducción de Marcos Mayer. Buenos Aires, Argentina: Ediciones PAIDOS.
- Ellen, R.F. (1984). *Ethnographic Research*. London: Academic Press Inc. Ltd.

- Farmer, Paul, (1997). "On Suffering and Structural Violence: A View from Below". *Social Suffering*. Editado por Arthur Kleinman, Veena Das y Margaret Lock. Berkely, California: University of California Press. Págs. 261-283.
- Ferrarotti, Franco, (1991). *La historia y lo cotidiano*. Traducción de Claudio Tognonato. Barcelona, España: Ediciones Península.
- Feyeraband, Paul, (1992). *Adiós a la razón*. (2 edición). Traducción de José R. de Rivera. Madrid, España: Editorial Tecnos, S.A.
- Freire, Paulo, (1997). *Pedagogía de la Autonomía*. Traducción de Guillermo Palacios. México: Siglo Veintiuno Editores.
- García Canclini, Néstor, (1995). *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Editorial Grijalbo.
- García Lizano, Nidia y otras, (1998). *Conocimiento, participación y cambio: capacitación de docentes a partir de la investigación en el aula*. San José, C.R.: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Giroux, Henry, (1997a). *Cruzando Límites. Trabajadores culturales y políticas educativas*. Traducción de José Pedro Tosaus Abadía. Barcelona, España: Ediciones Paidós Ibérica S.A.
- Giroux, Henry, (1997b). *Los profesores como intelectuales. Hacia una pedagogía crítica del aprendizaje*. Traducción de Isidro Arias. Barcelona, España: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
- Gupta, Akhil y James Ferguson, (1997). "Discipline and Practice: 'The Field' as Site, Method, and Location in Anthropology". *Anthropological locations. Boundaries and Grounds of a Field Science*. Berkely, California: University of California Press. Págs. 1-46 pp.
- Heller, Agnes (1994) "De la hermenéutica en las ciencias sociales". *Políticas de la postmodernidad. Ensayos de crítica cultural*. (2 edición). Traducción de Montserrat Gurguá. Barcelona, España: Ediciones Península. Págs. 52-98.
- Jameson, Fredric, (1996). *Teoría de la Posmodernidad*. Traducción de Celia Montolío Nicholson y Ramón del Castillo. Madrid: Editorial Trotta.
- Kleinman, Arthur y Joan Kleinman, (1997). "The Appeal of Experience; The Dismay of Images: Cultural Appropriations of Suffering in Our Times". *Social Suffering*. Editado por Arthur Kleinman, Veena Das y Margaret Lock. Berkely, California: University of California Press. Págs. 1-23 pp.
- Massey, Doreen, (1993). "A global sense of place". *Studying Culture. An introductory reader*. Editado por Ann Gray y Jim McGuigan. Great Britain: Edward Arnold, a division of Hodder and Stoughton Limited. Págs. 232-240.
- Pardo Angulo, Marta Eugenia, (1981). "El Sistema Médico Popular de San Jerónimo de Moravia". *Revista Centroamericana de Ciencias de la Salud*. San José, C.R.: CSUCA. No. 18(enero-abril, Año 7). 111-118 pp.
- Pardo Angulo, Marta Eugenia. (1998), "Ciencia, Etnografía y Poder" *La Investigación Cualitativa y su Aporte a la Investigación Social (Reflexiones teórico-metodológicas)*. Carrera de Trabajo Social, Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica. Págs. 5-15.
- Pardo Angulo, Marta Eugenia, (1998). "Sociedad, Universidad y Derechos Humanos. ¿Vinculación Externa? Reconocer todas las voces de la historia: Derechos Humanos y Diversidad Cultural en la Educación". Editado por Ignacio

- Dobles Oropeza y Marta Eugenia Pardo Angulo. San José, C.R.: CSUCA. Págs. 43-64.
- Said, Edward, (1996). *Representaciones del Intelectual*. Traducción de Isidro Arias. Barcelona, España: Ediciones Paidós Ibérica.
- Shaw, Martin, (1978). *El Marxismo y las Ciencias Sociales*. Traducción de Marco Antonio Pulido. México: Editorial Nueva Imagen.
- Sojo, Carlos, (1997). "El Caso de Costa Rica. ¿Es Nueva Esta Pobreza?". *Pobreza, Exclusión Y Política Social*. Editado por Rafael Menjivar Larín, Dirk Kruijt y Lieteke van Vucht Tijssen. San José, C.R.: FLACSO. Págs. 319-334 pp.
- Sullivan, Robert, (1990). "Marxism and the 'Subject' of Anthropology". *Modernist Anthropology. From Fieldwork to Text*. Editado por Marc Manganaro. Princeton, New Jersey: Princeton University Press. Págs. 242-265.
- Tedlock, Dennis y Bruce Mannheim, (1995). "Introduction". *The Dialogic Emergence of Culture*. Urbana and Chicago: University of Illinois Press. Págs. 1-32.
- Thibault, Paul, (1991). *Social Semiotics as Praxis*. USA: University of Minnesota Press.
- Wing-Ching, Isabel, (1997). "El juego de los indicadores y categorías". *Reflexiones*. San José, C.R.: Editorial de la Universidad de Costa Rica. 59 (junio 1997). Págs. 45-60.